

gen mal escogida, una frase malsonante, nos distraen y nos hacen arrojar el libro.

Si vd. queda convencida de lo arduo y difícil que es tocar con buen éxito los asuntos religiosos, me daré por feliz, y desde ahora me prometo ver aprovechadas las dotes de ardiente imaginación, de ternura y de facilidad para describir que vd. posee, en asuntos en que tengan mejor aplicación. Así, no tendrá que ir á buscar en los viajeros de Tierra-Santa, como Chateaubriand y Lamartine, la descripción de Jerusalem (que vd. no conoce), para formar su cuadro, sino que le bastará asomarse á su ventana ó recorrer los campos en derredor de esa linda población tropical en que afortunadamente reside, para darnos en sus composiciones bellísimos cuadros de la naturaleza americana, capaces por sí solos de encantar á los amantes de la verdadera poesía, que es la poesía nacional.

Pasemos á otra cosa: El pequeño poema de vd. "El Cruzado;" es *bonito*; pero me permitirá vd. preguntarle, ¿por qué ha ido vd. á buscar,

como nuestro Fernando Calderón, el asunto de su leyenda en las crónicas de otros países? ¿Le agradan á vd. esos asuntos caballerescos? Seguramente, y de esto tiene la culpa el enjambre de los imitadores de Zorrilla y de Arolas, que han dado á ese género una boga que por fortuna no dura hasta hoy en Méjico ni en ninguna parte.

Algunos novelistas y poetas europeos, particularmente de los que fundaron la escuela llamada romántica, dieron el primer ejemplo; y registrando archivos empolvados en las Bibliotecas, ó fingiendo que los registraban, y contemplando á la claridad de la luna las poéticas ruinas de los castillos feudales que les traían á la memoria las viejas historias de la Edad Media, se dedicaron á renovar las fábulas que había aniquilado el *Quijote*, aunque vistiéndolas con el ropaje de la fantasía moderna, para que no estuvieran expuestas á los sarcasmos de Sancho Panza.

Estos novelistas y poetas como Walter Scott, como Dumas (no quiero mentar al vizconde de Arlincourt), y como Chateaubriand y Víctor Hugo, tuvieron el mérito de popularizar así leyendas nacionales ó al menos europeas, mérito que Zorrilla, á pesar de no ser más que imitador, tuvo también, lo mismo que el duque de

Rivas y otros en España, y algunos poetas contemporáneos en Alemania. Pero en América, señorita, en Méjico, en este país donde no hay más ruinas que las de los *teocallis* ó las pirámides de los aztecas, ó de los palacios de los toltecas, y donde no ha habido más cruzadas que contra los indios, ni más recuerdos caballerescos que la rapacidad de los antiguos encomenderos, cultivar este género de leyenda es tan singular como lo sería convertir el *teponaxtli* de los poetas del tiempo de Moctezuma en el laúd de los trovadores provenzales.

¿Qué viene á hacer á México la leyenda caballeresca de Europa? Cada país tiene su poesía especial, y esta poesía refleja el color local, el lenguaje, las costumbres que le son propios. ¿Cómo traer á Méjico los castillos feudales que se elevan en las rocas y se pierden entre las nieblas; cómo evocar los recuerdos de hazañas que no se conocen, porque apenas se conoce su historia; cómo vestir á un *caporal* la armadura de acero bruñido, y dar á un indio vendedor de guajolotes el aspecto de un escudero?

Se me dirá: pero para eso sirve la imaginación que inventa, que adivina. Es cierto, replicaré; pero así salen las invenciones, las adivinaciones. Los caballeros hablan como payos, las damas como petimetras de aldea, los torneos

son como *herraderos*, y los trovadores cantan las canciones de Murguía. Al través del manto de alquiler del cruzado, se adivina el centurión de Viernes Santo, con sus cueros de chivo y manejando la lanza como garrocha. Los castillos son haciendas de pulque ó ventas como en el Quijote, y la conquista del Santo Sepulcro es un pronunciamiento por *religión y fueros*, cuyos héroes acaban en la cárcel ó en los Arbolitos.

Esto no es decir que el poema de vd. tenga estos defectos; al contrario, me complazco en reconocer, que por un privilegio del talento excepcional de vd., es una imitación feliz de algunas leyendas europeas; pero francamente, aun así no ha logrado vd. dar color local á su composición, cuyo asunto coloca vd., parte en Palestina y parte en Francia, países que no conocemos ni vd. ni yo sino geográficamente, y por el relato de viajeros tal vez mentirosos, como la mayor parte de ellos.

Francamente, yo siento que malogre vd. sus extraordinarias cualidades poéticas, aplicándolas á un genio extraño á su carácter y exótico en la poesía americana, cuando podía aprovecharlas mejor, buscando sus inspiraciones en el campo fecundísimo de nuestra historia nacional.

Porque ¿no le parece á vd. que en nuestra historia hay bastantes asuntos para enriquecer

con ellos la poesía heroica? Busque vd. y encontrará desde el año 10 hasta el año 21, numerosos y variados tipos que reúnen al carácter caballeresco más elevado, la preciosa cualidad de ser mejicanos y padres de la patria.

No toquemos la grandiosa figura de Hidalgo, que por su elevación no se presta á la leyenda romanesca; pero ahí tiene vd. al joven Allende, sublime hasta el martirio; ahí tiene vd. al joven Abasolo, á quien el amor precisamente hizo débil. Después tiene vd. á los Galeanas, pléyade hermosa de leones descendiendo de las montañas del Sur para aterrar á la tiranía española; ahí tiene vd. á Nicolás Bravo, joven también, hermoso y gallardo como un paladín antiguo y generoso. Ahí tiene vd. á Victoria, héroe salvaje cuyo campo fué justamente el hermoso país de vd.; ahí tiene vd. á Matamoros, joven sacerdote, convertido en guerrero por el patriotismo, y que en San Agustín del Palmar se elevó hasta las sublimidades de la Epopeya, destrozando á las legiones de Europa; ahí tiene vd. á Guerrero, al grande Guerrero, héroe que nos envidian las antiguas naciones, y cuya grandeza de alma en las adversidades, así como su valor asombroso en las batallas, parecerán legendarios más tarde; ahí tiene vd. por último á Juan del Carmen, á Montes de Oca, á Pedro

Ascencio, á Encarnación Ortiz y á otros cien, que eclipsarán á los héroes ossiánicos y á los guerreros montaraces que figuran en los poemas de la antigua Germania.

No los encontrará vd. cubiertos de hierro en el combate, ni vestidos de seda y de terciopelo en la ciudad; pero rudos como son, parecen más hermosos con su desnudez y su miseria santificadas por el patriotismo. Encontrará vd. á la mayor parte de ellos bastante ennegrecidos por el sol, y no precisamente con la fisonomía de Adonis ó de Reinaldo; pero yo supongo que el poeta ha de ser menos melindroso que Alamán, que se asustaba con la fealdad de Guerrero, (porque ese historiador no quería á los hombres feos.)

.....
Dejemos, pues, á la Europa sus caballerías de la Edad-Media, que no comprendemos bastante, y busquemos en el tesoro de los recuerdos nacionales las riquezas que nos darán fama.

Por otra parte, reflexiónelo vd. bien: todos los poetas del mundo, cualquiera que sea el carácter de sus héroes, los cantan de preferencia á los héroes extranjeros. Nada les importan la desnudez, la rudeza y la figura. Los héroes de Homero no son currutacos de Sybaris ni sátrapas de Asiria, sino guerreros medio desnudos que mataban en persona sus reses y asaban su carne

á las puertas de sus tiendas. El perfumado Paris no figura en la Iliada sino como un cobarde afeminado. Los héroes indios del *Ramayana* son como los de Homero; los héroes de los *Ed-das* son bárbaros vestidos de pieles; los héroes que Macpherson fué á desenterrar en las montañas de Escocia, son salvajes como nuestros comanches y apaches; los héroes de Ercilla son indios de Arauco y españoles de la peor clase, de modo que los hermosos caballeros del Tasso y del Ariosto no son ni pueden ser modelos eternos en la poesía heroica. Bellísimos parecen en la *Jerusalem* y en el *Orlando*; pero es porque son copia de la realidad, porque allí están en su lugar, porque personifican una época con sus costumbres, sus trajes, sus hábitos y sus aspiraciones.

.....
 En la América del Sur, y aun en la del Norte, los poetas han tenido la feliz idea de crear una poesía nacional; y en sus poemas, y en sus leyendas, y hasta en sus elegías, han adoptado un estilo peculiar, imágenes propias, y han tomado sus asuntos de los anales patrios.

Puede vd., si lo tiene á la mano, examinar á Bryant, uno de los más notables poetas de los Estados-Unidos del Norte; y en cuanto á los del Sur, tengo el gusto de remitir á vd. una co-

lección de composiciones de los principales, y en ellas podrá vd. ver que no han retrocedido ante el color de Bolívar para declararlo un dios en sus cantos; que los Carreras, aunque vestidos con las pieles y el poncho de los gauchos de las pampas, son sus Tancredos y sus Roldanes; y que van á sacar á los protagonistas de sus leyendas, entre los valientes adalides de Ayacucho, de Maipo, y de Junín.

Ahora, si de leyendas no heroicas se trata, suplico á vd. que se fije en las dos de Esteban Echeverría, intituladas: *La Cautiva* y *La Guiltarra*, y en ellas verá cuadros de la vida americana de una belleza admirable, porque el poeta se ha inspirado en la realidad y no en las invenciones de otros; suplico á vd. se fije también en todos los pequeños poemas de Abigail Lozano, de Arboleda y de otros que es inútil enumerar aquí; y comprenderá vd. por qué la poesía nacional es la más bella.

Sólo en Méjico se han visto con desdén nuestros recuerdos patróticos; y si exceptúa vd. á Moreno (poeta de Puebla), á Lejarza (poeta de Michoacán), á nuestro Rodríguez Galván, al general Díaz (padre de Díaz Covarrubias) veracruzano, y á José Maria Roa Bárcena, veracruzano también, todos los demas han preferido pedir á

la historia extranjera sus héroes, imitando ó traduciendo á los poetas de otro país.

Siento ver á vd. en el número de estos desdenosos, y deseo que con el brillante ejemplo de los poetas sud-americanos, se anime vd. á buscar en nuestros recuerdos gloriosos el asunto de sus composiciones futuras. El numen de vd. contemplará nuevos horizontes, y la Patria, para quien no ha tenido la lira de vd., ingrata, ni un himno, ni un recuerdo siquiera, la recompensará ampliamente.

—Ossián la poesía ossiánica Fingal, Oscar, Malvina, Swaran, Comala. Hé aquí nombres é ideas que aun nos conmueven porque surgen en primer término al evocar el cortejo melancólico de nuestros recuerdos juveniles. ¿Qué joven aficionado á la poesía, al oír hablar á los literatos del sentimentalismo poético de Ossián de generosidad de los héroes de Morven, etc., etc, no ha sentido el irresistible deseo de conocer los afamados poemas del supuesto Homeo caledonio, y no los ha devorado con avidez y deleite?

Si alguna poesía es agradable á la juventud meditabunda y ardiente, es ésta; porque deja en el ánimo una impresión de dulce tristeza, y en los sentidos algo como el perfume acre y fresco de las montañas, como el blando murmullo de

los lagos, como el reflejo sombrío del Océano al oscurecer la tarde. Tan cierto es que los jóvenes de carácter melancólico gustan de nutrir su espíritu con esta poesía, Goëthe hace leer á Werther los poemas de Ossián, antes de cometer su suicidio.

En esas horas tempranas de la vida, si por acaso sueña uno con el heroísmo ó con el amor, por si acaso ha recibido uno de la naturaleza el don fatal de un triste sentimentalismo, y el don, más fatal todavía, de un carácter poético, hay un placer extraordinario en imitar la poesía ossiánica: y por fuerza se enriquece la cartera de veinte años con uno ó dos poemitas en que figuran héroes enamorados, valientes y generosos, vírgenes pálidas, ardientes y sencillas, de manos blancas, de ojos azules y de cabellos de oro; poemitas, en fin, en que hierven los epítetos pomposos en cada verso, en que hablan las pasiones un lenguaje enfático, muy diverso del natural, y en que la monotonía brilla como si fuera una cualidad indispensable.

Esto que sucede á los jóvenes de que hablo, ha pasado á vd. también, amable poetisa. Dotada de un carácter sentimental y pensativo; enamorada de Ossián, porque muy probablemente ha aprendido vd. á admirarlo en Blair, que veía con infantil candor en aquel supuesto bardo á

un nuevo Homero, no ha necesitado vd. más; y sin permitirle su extremada juventud, ó la falta de datos ó de experiencia, distinguir entre lo original y lo imitado, se ha puesto vd. con la mejor buena fe del mundo á remedar el llamado estilo ossiánico.

No se mortifique vd. por eso. Poetas más expertos y de gran nombradía han obedecido á esa propensión, y caído en ese error involuntario; aunque es verdad que todos tenían la disculpa de la juventud, como vd. Por lo pronto recuerdo á Lord Byron, que en su primera colección de poesías que intituló: "*Horas de ocio*" (*Hours of idleness*), tan censuradas por los escoceses, insertó un pequeño poema, "*La muerte de Calmar y de Orla*," que es una imitación servil de Ossián, como él mismo lo dice, declarando que aunque ya se trataba en su tiempo de descubrir la impostura de Macpherson, la lectura de la obra de éste le era agradable.

En Francia ha habido también muchos imitadores, entre los que sólo mencionaré á Belmontet, joven que logró con acierto adaptar á su lengua los giros, las imágenes y la rebuscada rudeza del original. Entre sus imitaciones figura un pequeñísimo poema, con el título de *Edgardo y Vaina*, que recuerdo haber traducido en verso cuando era yo muchacho, así como recuer-

do también haber quemado mi traducción, con lo cual no perdió nada la literatura. Es de advertir que Belmontet, al contrario de Byron que escribió su imitación en prosa, según el estilo del original, escribió sus poemas en verso. También vd. ha escrito sus imitaciones en verso, lo que las hace menos serviles, porque siquiera tienen la novedad de la medida y de la rima.

Pero volvamos al asunto principal. Decía yo, que Ossián es un modelo buscado y querido para la juventud inexperta y melancólica. Piérdese entonces el más bello tiempo en la dura y difícil tarea de imitar el estilo; si no ha tenido uno la indiscreción de publicar sus poemas (lo cual causa pena después), los guarda al menos en su papelería con cariñoso cuidado. En semejante situación estudia uno los poetas clásicos de Grecia y de Roma, lee buenas obras de crítica literaria, devora con especialidad todos los estudios hechos sobre el llamado Ossián, tanto más, cuanto que recuerda uno que guarda tesoros de imitación en su cartera; y cuando perfectamente impuesto del largo proceso literario formado en Escocia, en Inglaterra y en Francia sobre la autenticidad de lo que ha estado creyendo poemas antiguos como la Iliada, se desengaña de que no son más que las obras de una hábil impostura moderna, y ve uno aparecer, no al

viejo Ossián tocando el arpa de los antiguos bardos caledonios en la cumbre de las montañas, sino al oscuro maestro de escuela Macpherson en el silencio de su gabinete, copiando y desfigurando pasajes de Homero y de la Biblia para engañar al mundo. La impresión no deja de ser ingrata.

Entonces, pasa uno de la admiración y del amor al extremo contrario; corre uno á su mesa, coge los manuscritos amados que contienen las imitaciones, y hace con ellos una hoguera.

¡Adios Ossián!..... ¡no hay Ossián!..... ¡Ossian era una mentira! ¡No hay tal originalidad, no hay tal igualdad con Homero! Se engañaban Goëthe, Laharpe, Sinclair, Cesarotti, Blair; se engañaba toda Europa cuando en la segunda mitad del siglo pasado se extasiaba leyendo el libro de Macpherson é imitando á porfía su estilo; se engañaba Napoleón I que llevaba siempre consigo los poemas de Ossián, como Alejandro el Grande llevaba los poemas de Homero; se engañaba todo el mundo, la superchería fué tan afortunada como eso.

Sí, querida amiga, se engañó todo el mundo, menos Voltaire, que como siempre, había tenido el valor de interrumpir el universo concierto que producía la fascinación, con su palabra burlesca; menos el doctor Johnson, que fué el pri-

mero en denunciar indignado la impostura del atrevido Macpherson; y menos Malcolm-Laing que completó la revelación de Johnson, haciendo notar los robos que el autor moderno escocés había cometido en los campos de la antigua poesía griega y hebrea, al formar su falsa epopeya antigua.

Verdad es que la "*Highland Society*" de Escocia, en su trabajo concienzudo sobre la autenticidad de estos poemas, no los ha condenado en su totalidad, habiendo verificado la originalidad de algunos fragmentos; verdad es que Walter-Scott en su novela *El Anticuario*, y en otras partes, no se atreve á negar enteramente la existencia de algunas baladas gálicas que sirvieron á Macpherson y permanece indeciso sobre la cuestión principal; pero lo que no admite ya duda es, que el conjunto de las epopeyas llamadas *ossiánicas* es obra del que siendo autor é inventor, no quiso llamarse más que traductor, por su interés particular.

De esta manera, la admiración por los poemas se disminuye, los personajes heroicos bajan de estatura, y la ilusión desaparece.

Todavía más: si se replica que no por ser moderno el poema es menos bello y el genio menos grande, Voltaire (en su Diccionario Filosófico, artículo *Antiguos y modernos*), nos contesta

con la improvisación burlesca, pero exacta del florentino, á quien hace aparecer en disputa con un escocés, candoroso creyente de Ossian, en el gabinete de Lord Chesterfield. En esta improvisación demuestra que en media hora un moderno, un poco instruido, puede imitar el estilo enfático y afectado de Macpherson sin mucho esfuerzo.

Por último, el mismo Lord Byron, aun concediendo como concede en un nota puesta á su poema "*La muerte de Calmar y Orla*" en la última edición corregida por él, de sus *Horas de ocio*, que aunque la impostura de Macpherson se descubriese, su mérito sería indisputable (*but while the imposture is discovered, the merit of the work remains undisputed*), acusa el estilo del autor escocés de *hinchado y bombástico* (*turgid and bombastic diction*). Y los críticos, apreciable poetisa, particularmente los modernos, están conformes en censurar á Macpherson este gran defecto poético; aunque por otra parte le concedan muy bellas cualidades, que bellas debían ser para haber llamado la atención del mundo europeo, para haber influido poderosamente en la literatura de esa época, y para haber procurado á su disfrazado autor un renombre glorioso.

Puede vd., si gusta, entretenerse con esta curiosa cuestión literaria que no hago más que ex-

tractar, leyendo, ya que no pueda vd. conseguir las obras de Johnson, y los *Ossian* de Blair, Sinclair, de Mac-Grégor y Malcolm-Laing, así como el largo informe de la *Sociedad escocesa* redactado por Mackensie (esta última obligó á Byron á poner su nota citada), al menos el repetido artículo de Voltaire, la Lección 31.^a del curso de Literatura de Villemain, (tomo 5.^o edición de 1858), la *Noticia sobre la autenticidad de los poemas de Ossian* por Lacaussade que va al frente de su traducción de *Ossian*, y que casi es una copia de la lección de Villemain; la de Christian que acompaña también su traducción de los mismos poemas, y la magnífica *Historia de la Literatura inglesa* por Taine. En estas obras que yo conozco y de las que extracto la historia del proceso relativo á la originalidad de la obra de Macpherson, tendrá vd. noticias detalladas.

Para concluir, traduciré, porque me parecen interesantes para vd. los párrafos con que concluye Mr. Villemain su citada lección:

"De manera, dice, que yo no veo en Ossian, sino un esfuerzo de rejuvenecimiento literario por medio de la imitación de las formas antiguas, uno de los primeros ensayos de ese *pastiche* del pensamiento y del estilo, común á las literaturas envejecidas; y ¡cosa notable! en los

sentimientos que conmovían en el siglo XVIII, en esa melancolía mediatunda, en esa *religiosidad* vaga, en esa tristeza sustituida al culto, es donde el poeta, donde Macpherson-Ossian ha sido original, singular, atrevido; el hombre del siglo XVIII es el original é interesante, bajo la máscara, bajo el manto del bardo ciego. Su Oscar, su Malvina, su Fingal, todos esos personajes que ha corregido, embellecido, puesto en movimiento en su poema, tienen un reflejo del espíritu sentimental del siglo XVIII. La pretendida sencillez de Macpherson no existe sino en un punto, en la monotonía. Es natural, en efecto, que en la imitación de una vida ruda, inculta, que no está animada sino por los accidentes de la guerra, que no conoce otra catástrofe que la muerte después del combate, haya poca variedad. Es natural también, que en una sociedad semejante, el cielo, el sol, la luna, las estrellas, as montañas, los bosques, el ruido confuso del mar, las algas arrojadas sobre la ribera, se presenten sin cesar al pincel del poeta. Tal es también, en gran parte, el colorido de la poesía ossiánica. Y bien: cuando este colorido fué importado á la Francia elegante, filosófica, razonadora, era una gran novedad, era una muestra de la naturaleza que se presentaba á gentes que no la miraban desde hacía largo tiempo.

“Sin embargo, ha sido necesaria alguna cosa más, creada por el artificio del redactor moderno: era ese sentimiento triste y severo; era esa contemplación melancólica de la vida, esa emoción vaga reemplazando á un culto positivo, que convenía maravillosamente al fin del siglo XVIII y á los tiempos desastrosos que siguieron á los días de dolor y de destierro. Esta poesía de Ossian es como un canto monótono, á propósito para arrullar almas fatigadas por la reflexión y la tristeza.

“¿Qué lección de gusto resulta de este examen? La necesidad de que la literatura en todas tentativas sea nacional y contemporánea. Aun cuando para engañar el gusto de los contemporáneos la imaginación busque una ficción lejana, aun cuando se trastorne, se disfrace y se oculte bajo un nombre falso, agrada y es poderosa por accidentes actuales. Huíd, pues, de la imitación, huíd de la literatura falsa y artificial, sed de vuestro tiempo por la vida y por las emociones, y mereceréis serlo por vuestro talento. Sed hombre antes de ser escritor.”

Después de estas juiciosas palabras del eminente maestro, ¿qué puedo decir á vd. de nuevo?

Usted ha imitado á Ossian, creyendo tal vez que imitaba á un modelo de pureza antigua. Ya ve vd. que no es así. Pero aun suponiendo

que de todos modos se haya vd. enamorado del estilo sentimental y melancólico de Macpherson, que como se ve tiene también su mérito, los últimos consejos de Villemain habrán convencido á vd. de que es preciso, antes que todo, ser *nacional*; y que si al autor escecés, después de haberse descubierto su impostura, le quedó un renombre envidiable, no fué sino por el color local que supo dar á sus poemas, y el sabor de *nacionalismo* que se percibe en todos ellos.

Esto quiere decir, que aunque las composiciones de vd. tengan mérito, lo tendrían mayor si lejos de imitar al fingido Ossián, y de trasladar los cuadros de los pequeños poemas de vd. á país extranjero, hubiese cantado á los Fingal y á los Swaran de Méjico, descrito nuestros paisajes y creado un estilo eminentemente nacional.

¡Siempre la poesía nacional! Si yo insisto en hablar á vd. de ella tantas veces, es porque también veo que la desdena vd. siempre, y que empuenece sus obras y amengua su inspiración prefiriendo con predilección injusta el imitar modelos extranjeros, á copiar la naturaleza que se ostenta pomposa en derredor de vd. brindándole tesoros no conocidos todavía.

III

En cuanto á las imitaciones que ha escrito vd. de los apólogos de Selgas, no me detendré mucho en hablarla de ellos, porque el buen sentido de vd. les hará la debida justicia, supliendo con la reflexión lo que yo omito, por no hacer tan voluminosa esta carta.

¡Ah! no es vd., inocente joven, la única apasionada del estilo de Selgas; puede asegurarse que todos los poetillas barbilampiños, cuya gloria futura esconden todavía las modestas sombras del colegio ó las humedades de los *cajones de ropa*, hacen retozar su musa infantil entre los jardincitos parlantes, que para gloria de la poesía ha sembrado en sus páginas el ingenioso poeta español, á quien sacó á luz el conde de San Luis.

Yo no podré averiguar cuál es el atractivo verdadero que esa juventud *florista* y *herborizadora* encontrará en los tales apólogos; eso vd. podrá saberlo mejor; pero me consta que los muchachitos, en vez de ir á comprar á la *Librería madrileña*, por ejemplo las poesías de Fr. Luis de León, ó de los Argensolas, ó de Quintana, prefieren sacrificar los doce reales que han arranca-